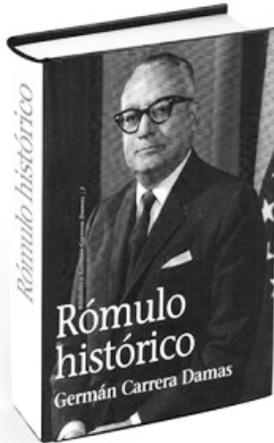


Una lectura al Rómulo Histórico de Germán Carrera Damas



Esta obra descarna al personaje histórico, al hombre ganado a las ideas y a la acción, al avezado político. Es una obra “realista”, atada con rigurosidad a la realidad que vivió el personaje y cómo enfrentó sus propias incertidumbres y angustias. Nos devuelve al personaje en su vasta complejidad, en su intrincada personalidad y en sus lógicas ambivalencias y disyunciones.

*Ricardo Gil Otaiza **

Recuerdo que hace años, con motivo de la presencia de los escritores e historiadores Manuel Caballero y Elías Pino Iturrieta en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes, quienes vinieron para acompañar a Simón Alberto Consalvi, con motivo del conferimiento al ilustre merideño (nacido en Tovar) del Doctorado Honoris Causa en Humanidades; ya en el patio del Rectorado, a la salida del espléndido acto, me acerqué y no pude contener la tentación de dirigirme a Caballero para elogiar su reciente obra *Rómulo Betancourt*, político de nación (2004). Recuerdo la cara de asombro del autor al encontrar de improviso a un lector y crítico del libro, quien no cesaba en darle detalles de sus pareceres y criterios. Lo único que atinó a decirme Manuel Caballero (quien solía ser parco y distante con los desconocidos) fue: “es usted un crítico y escritor prestado a la farmacia” (la referencia venía al caso, pues había estado con ellos en el presidium, en mi condición de entonces, como decano de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis). Al final de mi disquisición, sustentada en un ensayo que había escrito recientemente para *El Universal*, Caballero me pidió que nos viéramos la mañana siguiente en el Hotel Prado Río (donde se hospedaba) para que llevara el ensayo in extenso, ya que deseaba leerlo con atención (cuestión que cumplí a cabalidad).

A todas estas, Elías Pino Iturrieta, quien no había intervenido para nada en nuestro diálogo, me dijo,

con el vozarrón que le caracteriza (y con una espléndida sonrisa rayana en picardía), “Ricardo, ese es un libro adeco”. Lógicamente, reímos a más no poder, celebrando la ocurrencia, pero aquella frase me dejó sembrada en la mente una duda metódica, que jamás me abandonaría hasta que cayó en mis manos el *Rómulo histórico* de Germán Carrera Damas (Editorial Alfa, 2013).

Terminé de leer este grueso volumen hace relativamente poco tiempo, por cierto en medio de los graves acontecimientos suscitados a partir del 12 de febrero de 2014, y no deja de entusiasmarme la idea de que el país tenga pensadores del calibre y la agudeza de Germán Carrera Damas, pensadores que no doblegan su conciencia ni su deber moral para con su oficio; pensadores que dicen lo que tienen que decir sin que les tiemble la voz. Me topé con un *Rómulo Betancourt* de carne y hueso: el hombre, el luchador social y el incisivo político. El *Rómulo* no sacralizado, ni montado en el altar de los próceres civiles venezolanos. En la medida que progresaba en la lectura (por cierto: honda, pero que discurre con la elegancia de una pluma experimentada) iba atando cabos, hilvanando viejas lecturas y experiencias, hasta caer en cuenta de algo si se quiere inaudito en nuestro medio académico y cultural, pero que en Carrera Damas se ha hecho referente y escuela: el afán del autor de evitar a toda costa el ser promotor de religiones políticas e ideológicas, y en el caso que

nos ocupa, de una nueva (como muchos aspiran): la religión betancouriana (y perdónenme el neologismo y también el atrevimiento). Recordé entonces “El culto a Bolívar”, todo un clásico en su género, y me dije de inmediato: espejos convergentes, pero al revés. Si en esta obra busca Carrera Damas “desmontar” (por decirlo de alguna manera) a un Bolívar elevado a los altares de la Patria (desde los tiempos de Antonio Leocadio Guzmán, pasando por Antonio Guzmán Blanco, su hijo, hasta llegar al siglo XX de la mano de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita, entre otros, hasta llegar con fuerza a los gobiernos del denominado puntofijismo), erigiéndose en leyenda, a veces en fábula, pero sobre todo en deidad; en “Rómulo histórico” Carrera Damas descarna al personaje histórico, al hombre ganado a las ideas y a la acción, al avezado político que diera a Venezuela un rumbo democrático que usufructuamos por décadas, y por el que hoy luchamos, pero evitando que en tan díscolo personaje se cumpla el ominoso sino de la sacralización, que graves consecuencias ha traído al país. Y no es descabellado lo que aquí digo, porque en mucho contribuyeron los intelectuales decimonónicos y los del siglo pasado en fortalecer la religión bolivariana: Rufino Blanco Bombona, Felipe Larrazábal, Aristides Rojas, Augusto Mijares, y el más emblemático de ellos: Eduardo Blanco y su Venezuela Heroica, que desde 1881 infló los corazones de los venezolanos con epopeyas copiadas al carbón de un ya lejano mundo griego.

Pertenece Germán Carrera Damas (y su obra) a la estirpe de ilustres pensadores venezolanos, que en tiempos ya lejanos rompieron de manera dramática (o por lo menos lo intentaron) con el arquetipo del héroe inmaculado, impoluto y químicamente puro de nuestra historiografía oficial (y oficialista). Me llega a la mente el rector Diego Carbonell, quien con su tesis sobre la enfermedad mental de Bolívar (que sustentó científicamente y que aún hoy merece una revisión sin sesgos ni prejuicios) ganó la animadversión de sus contemporáneos (Luis Razetti, dixit). De Francisco Herrera Luque, quien en Viajeros de Indias puso sobre el tapete la nefasta resultante (a su entender) del mestizaje dado en estas tierras (lo que conllevó su abrupta separación como profesor de la UCV), y desde su exitosa narrativa desnudó al personaje Simón Bolívar para entregárnoslo en su esencia como un humano atrapado en su propio tiempo histórico. Abre Carrera Damas con El culto a Bolívar (y

ahora con Rómulo histórico) un hiato entre lo que se anhela como referente histórico en un contexto dado al panegírico y al endiosamiento de los personajes históricos como el nuestro, y la realidad real develada desde los hechos, sustentada en documentos, para entregarnos una historiografía apegada a lo acontecido y no a lo que se supone aconteció, generando así todo un cauce historiográfico (una escuela, como afirmara anteriormente) que desvela a los acontecimientos y a sus hacedores en su más profunda esencia histórica, y cuyos frutos comenzamos a recibir con la obra del ya citado Elías Pino Iturrieta (El divino Bolívar, entre otros) y más recientemente con Inés Quintero y sus libros La criolla principal y El hijo de la panadera.

En este contexto, Rómulo histórico representa una aguda e incisiva comprensión del ex presidente Rómulo Betancourt (y de su obra política), pero sobre todo del personaje real, del hombre, del ciudadano, del soñador (tal vez del utopista), que luchó con sus propios demonios internos y con los de una nación entera que no terminaba (ni termina) de asumir su presente sin deslastrarse completamente del pasado. Esta obra de Carrera Damas se circunscribe en el ámbito del estudio historiográfico, por lo tanto no podría ser catalogada de adeca, de marxista, de antichavista, o de bolivariana. Si de adjetivar se trata, el único vocablo que se me ocurre ahora para calificar a esta obra es “realista”, es decir, atada con rigurosidad a la realidad que vivió el personaje y cómo enfrentó sus propias incertidumbres y angustias. Carrera Damas (y el también recordado Manuel Caballero) nos devuelve el personaje en su vasta complejidad, en su intrincada personalidad y en sus lógicas ambivalencias y disyunciones. Ergo: en su terredad, como diría el poeta Eugenio Montejo.

*** Autor: Ricardo Gil Otaiza**

Profesor Titular de la ULA. Ensayista, narrador y crítico literario. Autor de 29 libros en distintos géneros. Columnista del diario Frontera y de El Universal. Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida en el área de las Ciencias Físicas, Matemáticas, Naturales, Químicas, de Salud y Tecnología. **Email:** rigilo99@hotmail.com / **Twitter:** @GilOtaiza

Fotos: www.reportero24.com y prodavinci.com